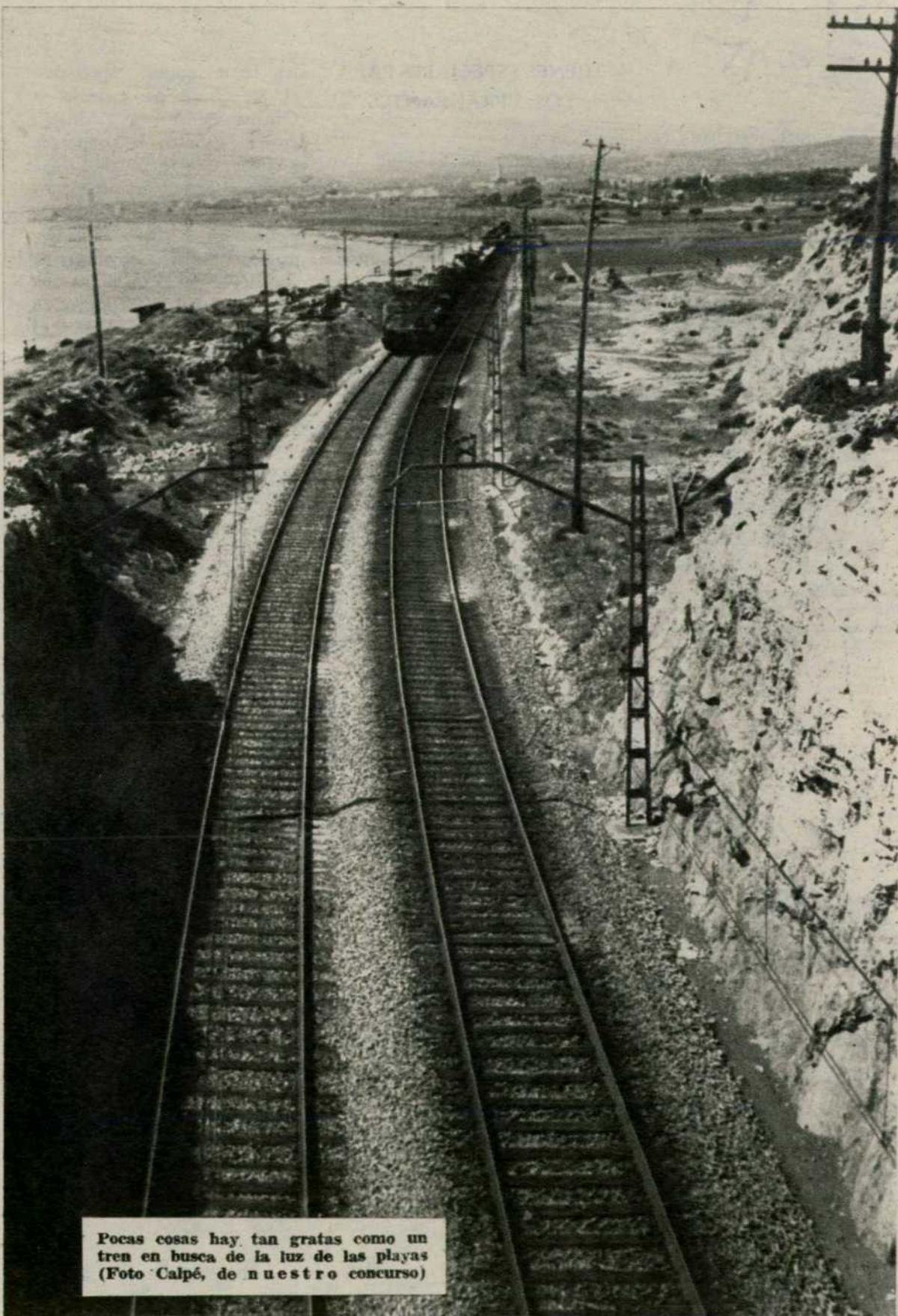


En busca del litoral

LOS TRENES DEL ESTÍO

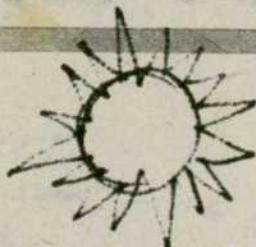
LA idea de que el veraneo no es un lujo, sino una necesidad, está en la mente de todos. Antes de formalizarse el ferrocarril como elemento de transporte masivo, sólo veraneaban las clases sociales privilegiadas y en lugares próximos a sus residencias habituales. Un viaje desde la capital a la costa era una verdadera odisea de horas y polvo. En el tiempo de las pintorescas diligencias —cada una con su bandolero al acecho— no era cosa de ponerse a viajar cargados de maletas e invertir siete días en llegar desde el interior al litoral. El tren fue el primero que posibilitó, a gran escala, la comunicación comercial y cultural, vinculando estrechamente los núcleos urbanos. Las líneas férreas, trazadas en sentido radial desde la capital, fueron poco a poco dominando el litoral y las fronteras. El tren alcanza todas las playas importantes de España. El tren ha perforado montañas, recorrido llanuras, salva-

Pocas cosas hay tan gratas como un tren en busca de la luz de las playas
(Foto Calpén, de nuestro concurso)



SIGUE

En busca del litoral



TRENES ESPECIALES PARA LOS VERANEANTES

do ríos y quebradas hasta enlazar con las doradas arenas y permitir a la gente tenderse en cruz bajo el resplandor solar o meter en las fauces de un transatlántico diez vagones de trigo.



Bañistas extranjeros se acercan con curiosidad al vendedor de botijos (Fotos Cifra)



El baño de sol, tomado con moderación, es una de las grandes terapéuticas de todos los tiempos

les. Es un curioso espectáculo el que ofrece, por ejemplo, la Oficina de Viajes madrileña cuando se inicia la temporada veraniega y vacacional. Largas colas se forman delante de las ventanillas. Otras personas se agolpan en la sección de Información y se oyen preguntas en varios idiomas. Aquello es una pequeña Babel. Igual ocurre en todas las Oficinas de Viajes. El caso es cambiar la montaña por la playa o la montaña y la playa por la gran urbe. Luego, en las estaciones, se produce un organizado barullo de altavoces, carretillas, maletas, pitidos, nervios, adioses... Dentro de todo ese cúmulo abrumador demuestran los ferroviarios su capacidad de organización.

LAS PLAYAS TAMBIÉN SON DIFERENTES

Se ha dicho en términos turísticos que España es diferente. El carácter proteico de sus regiones, de sus climas y costumbres y las vicisitudes de su historia influyen también en sus playas. Cada una tiene intransferible personalidad. De esta manera el gustador de costumbres y fisionomías puede guardar en su memoria todo de sumarísimas riquezas: el gozo de las aguas frescas y cristalinas de la playa de Samil, en Vigo, y comer bajo los pinos y frente a las islas Cíes grandes sardinas asadas; aprovisionarse de ensoradores recuerdos mientras deambula por las rías o contempla la aspereza del Atlántico cuando rompe poco más allá de Bayona.

Atravesar el puerto coruñés entre las típicas embarcaciones mejilloneras, apagar en Gijón el hambre con la recia fabada y la agridulce sidra; remontar-

Un pantaloncito de colores, un sombrero sobre los ojos y la tierna presencia de una barcaza bastan para olvidar los sinsabores del largo año de trabajo (Foto Uvep)



LOS TRENES DEL ESTÍO

en San Sebastián al monte Ido, ir de «chiquitos» por barrio viejo o respirar en Paseo su inigualable y profundo marino, son otras tantas estereotipadas sensaciones ayudan a fijar para siempre la ilimitada fisonomía de playas agostinas.

La Costa Brava, tan frecuente por el turismo internacional, ofrece el bellísimo espectáculo de sus numerosas y bellas calas. La elevada salidilla del Mediterráneo parece estar en relación directa con el desempeñado por este como elemento difusor de cultura grecorromana. Hacia sur sigue la costa —ya de calas largas y suaves— festona de naranjos y limoneros. En su punto el solitario y tranquilo litoral almeriense —cada vez más valorado—, el viajero alcanza la región semitropical de España: la Costa del Sol (en verdad el sol se ha venido prodigando, pero este «gan» publicitario ha conocido especial ventura). El chalé malagueño, la alegría de

los pueblos encalados, la decadentada «dolce vita» de Torremolinos, la roca de Gibraltar brillando como ascua en las serenas noches africanas, el viento de Tarifa, las atalayas gaditanas o las inmensas inexploradas playas marismeñas que se extienden más allá de la desembocadura del Guadalquivir, pueden evocar en la imaginación del lector el calidoscópico encanto de sus futuras o pasadas experiencias.

Sí, es cierto: España es diferente. En cualquier momento sabemos que los trenes batallan en el camino, nos acercan las playas y nos dilatan el tiempo —siempre breve— de las vacaciones. Pocas cosas hay tan gratas como un tren en demanda del litoral, atravesando los amarillentos rastrojos y las pequeñas estaciones dormidas en el sopor del verano. Pocas cosas hay tan gratas como un tren en busca de la luz y el viento de las playas.

E. T.



El tren rinde viaje junto a las estachas de un navío (Foto: Enano Usoro, de nuestro concurso)



Mientras los grandes aguantan los embates de las olas, los menudos bañistas levantan castillos de arena